

tentará, por el momento con rezar la oración de la Iglesia: *Actiones nostras, quæsumus, Domine, aspirando præveni et adjuvando prosequere: ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat; et per te cœpta finiatur. Per Christum etc.*

RESÚMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Que hace el buen Sacerdote antes de entrar en el Santo Tribunal.* Renovar la fe acerca de la excelencia del ministerio que va á desempeñar. ¿En qué estado se encuentran todos esos enfermos que véis en derredor de la sagrada piscina? ¿Qué esperan de vuestra caridad? Podéis serles más útil que el ángel cuando al mover el agua curaba las enfermedades corporales.... ¡Ah! cuánta paciencia y dulzura necesitaréis! Haced abundante provisión de ellas. Conquistad una calma perfecta uniéndoos al Corazón de Jesús, y ofreciéndole todo cuanto váis á hacer y á sufrir por su gloria.... Precaveos bien contra las tentaciones que os esperan.

PUNTO SEGUNDO.—*Durante el ejercicio del ministerio de la confesión.* Manteneos constantemente dueño de vos mismo, recordando con frecuencia la presencia de Dios. Cuando llega la tentación emplead el remedio de que se servía San Agustín con tanta utilidad. *Non inveni tan efficax remedium, quam vulnera Christi. In illis dormio securus, et requiesco intrepidus.* Estudiad las disposiciones del penitente, para aplicarle los remedios que le convenzan; pero sobre todo no os desalentéis jamás; la recompensa es independiente del éxito.

PUNTO TERCERO.—*Al salir del Santo Tribunal.* El buen Sacerdote se recoge y procura darse cuenta de lo que ha practicado. Se hace á sí propio algunas de estas preguntas: ¿Cómo he acogido, ayudado y soportado á los penitentes? ¿Qué decisiones he dado, y por qué motivos? Nota las faltas que ha podido cometer y se propone evitarlas en adelante. Se humilla delante de Dios, le agradece, y le ruega por las almas en cuya salvación acaba de trabajar.

MEDITACIÓN LXXV

Motivos para que el buen Sacerdote se consagre á la santificación de la juventud

I. Los deseos de Jesucristo y el ejemplo de los más grandes Santos.

II. Los de la Iglesia y de toda la sociedad.

PRIMER PRELUDIO.—Trasladémonos á la Santa Casa de Nazaret, y en vista de los cuidados que la Augusta Virgen prodiga á su Hijo, excitémonos á formar las almas jóvenes, poniéndoles como modelo al Niño Jesús, á fin de que como El crezcan en edad y en sabiduría delante de Dios y de los hombres.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidamos por intercesión de María la gracia de comprender bien y de llenar santamente, por medio de nuestros consejos á los padres de familia, á los institutores... y por nosotros mismos, el importante ministerio de la educación cristiana.

PUNTO I

Los deseos de Jesucristo y el ejemplo de los más grandes Santos

Los reyes de la tierra tienen sus favoritos: el Rey de los Cielos tiene los suyos; siendo estos las almas inocentes. Ha querido que su predilección por la niñez quedase consignada en el Evangelio, y en términos conmovedores. De todas partes corrían hacia El para escuchar sus oráculos, y para recoger sus beneficios. En medio de esa turba de admiradores y de suplicantes, algunas madres ansiaban acercársele para rogarle que bendijese á sus hijos: al punto son rechazadas; pero luego, ¡cuánta es su alegría al oír al Salvador que justificaba lo que un celo poco ilustrado tachaba de indiscreción! Contempla á esas débiles

criaturas con una mirada llena de ternura, tiembla su corazón ante la belleza de su alma: «Dejad, dice, dejad que estos pequeñuelos vengan á Mí; guardaos de prohibírselo, porque de ellos y de los que les son semejantes es el Reino de los Cielos.» Al instante se les franquea el paso; se adelantan ellos., ya están en los brazos de Jesús!...

¡Dichosos niños si ellos conociesen su felicidad!... ¡Dichoso yo mismo, si apreciase el favor que me dispensa Jesucristo encargándome de prepararle siervos fieles por la educación de la juventud; si yo supiese todo cuanto hay de grandeza y de ventajas en este apostolado oscuro, y cuán fácil me es asegurarme, con su ejercicio todos los afectos de mi Soberano Señor y de mi Juez! Creo oírle que me dice como al jefe de sus apóstoles: «Si me amas, cuida de mis corderos. Estos niños me pertenecen; los ha creado mi poder, mi providencia los conserva, les está destinado mi Cuerpo por alimento, y mi Reino por herencia, Que les guarde tu vigilancia del contagio de los vicios; que por tu celo germinen en ellos las virtudes que he depositado en sus corazones; tú me ayudarás á salvarlos. Dame esta prueba de tu amor.» ¡Oh alma mía! ¿qué vas á responder á Jesucristo? ¿No te penetrarás de sus deseos, y la dicha de agradarle no te hará olvidar todo lo que hay de penoso en el empleo que te confía?

Ved lo que ha inspirado tanto celo para la santificación de la juventud á los más grandes santos y á los genios más hermosos del Cristianismo. San Jerónimo se retiró en su ancianidad á Belén para contemplar allí más fácilmente los misterios de la infancia de Jesucristo. En tanto que llegaban de lejanas comarcas para ilustrarse con sus luces y admirar su penitencia, escribía él á una dama romana: «Enviadme á vuestros hijos pequeñuelos; tendré verdadera alegría de babulcir con ellos los principios de la fe.» San Gregorio, con una salud siempre achacosa, y abrumado bajo el peso de la Iglesia universal, hallaba tiempo y fuerzas para catequizar á la juventud ro-

mana. San Agustín, San Vicente Ferrer, San Carlos Borromeo, San Francisco Javier, San Francisco de Sales, Gersón, Belarmino, Olier, Fenelón, etc., pensaban que no podían emplear más útilmente sus talentos ni gastar mejor su vida que trabajando en santificar á la niñez. Gersón decía: «Honroso es el educar al hijo de un monarca, presunto heredero de su corona; pero el niño á quien yo educo en la virtud es hijo de Dios y heredero del Reino Celestial.» Y de San Francisco de Sales: «Creedme, los ángeles de los niños aman con particular amor á aquellos que los educan en el temor de Dios, y que inoculan en sus almas la santa devoción.»

¡Cuán dulce es, para mí, ¡oh Jesús! el verme asociado por este empleo á las más grandes lumbreras de vuestra Iglesia; pero cuánto más dulce es todavía para mí el encontrar en eso el medio de satisfacer los ardientes deseos de vuestro corazón!

PUNTO II

Los deseos de la Iglesia y de toda la sociedad

Educar cristianamente á la niñez es ir á la fuente del bien, atacar el mal en su raíz y preparar generaciones mejores. Así como de sólo Abraham salió todo un pueblo de creyentes, así muchas veces de un niño bien educado saldrá toda una nación de justos. Si los que estuvieron encargados de dirigir hacia Dios las primeras inclinaciones de un Francisco de Sales, de un Javier, de un Vicente de Paúl., infieles á su misión, hubiesen dejado que el soplo del vicio manchara su inocencia, debilitara su carácter hasta el punto de que quedasen incapaces de llenar sus grandes y beneficiosos destinos, ¿no habría que horrorizarse ante la idea del bien que hubieran privado á la Iglesia y á toda la humanidad? ¡Cuántas virtudes, cuántos generosos sacrificios, cuántas obras coronadas ya en el Cielo han sido el fruto de la san-

tividad de estas almas educadas cristianamente! Y su santidad misma, ¿no ha sido acaso el fruto, en gran parte, de su buena educación?

Que no se diga jamás: Yo sólo tengo que educar niños de la más ínfima condición, que jamás ejercerán útil influencia en el prójimo si no es dentro de muy reducidos límites; nadie puede saberlo: Vicente de Paúl y otros mil ¿nacieron acaso en alta esfera? Dios es libre en la elección de los instrumentos de su misericordia. El ve quizás en la pequeña grey que os rodea, almas que emplerá un día en instruir y salvar á otras muchas almas. Pero aun cuando tuviera la certeza de que ninguno de esos niños ha de salir de lo común, aún así no podréis medir hasta donde irá el bien que les hacéis. Los buenos principios, las piadosas costumbres que les inculcáis serán transmitidos por ellos á sus hijos, y estos á su vez los comunicarán... y así se establecen las tradiciones santas y una cadena de virtudes que se perpetúan... Siglos enteros recogerán lo que hayáis sembrado. Escribía un sabio (1): «He creído siempre que se reformaría el genero humano si se reformase la educación.» No hay nada más verdadero que esto. Todo el porvenir de la Iglesia y de la sociedad dependen de la educación: creencias, sentimientos, costumbres, el bien y el mal, todo fluye de allí. Por ella es un pueblo tal cual es: ella lo gobierna ó extravía; ella es la vida ó la muerte de los Estados y de las familias... Si los hombres influyentes quisieran comprender de cuanta calamidad les preservan, y qué servicios prestan á la sociedad el clero y las comunidades religiosas, por su consagración á la educación cristiana, lejos de estorbar, y de aniquilar su acción, la secundarían protegiéndola con todas sus fuerzas y recursos. No esperemos la recompensa del mundo; pero sí la de Dios.

—Agradecemos al Señor, porque nos ha traído

(1) Leibnitz.

á tan santo Apostolado.—Arrépinámonos por la poca estima que hemos hecho de él.—Resolución de ejercitarlo en adelante del mejor modo posible.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Los deseos de Jesucristo, opinando así tambien sus más fieles servidores.* El Hijo de Dios quiso que su predilección hacia la niñez constase en el Evangelio de un modo conmovedor. ¡Ah! cuán fácil es para mí el ganarme los más tiernos afectos de mi Señor y mi Juez por medio de los cuidados que consagro á la niñez! Le oigo que me dice: «Si me amas, cuida no sólo de mis ovejas sino también de mis corderos.» ¿Por qué estimaban tanto San Jerónimo, San Gregorio el Grande, San Agustín, San Francisco de Sales y otros varios..., el ministerio que ejercían en favor de los niños? Porque amaban á Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.—*Los deseos de la Iglesia y de la sociedad.* Así como de sólo Abrahán salió todo un pueblo de creyentes, de un solo niño bien educado puede salir toda una nación de justos. Dios es libre en la elección de los instrumentos de su misericordia. El ve quizás, en este niño un apóstol del porvenir; y aunque no salga de la vida ordinaria, transmitirá á otros y este á su vez á otro todo el bien que ahora le hiciéreis; y los siglos recogerán lo que vos hayáis sembrado. Todo el porvenir de la Iglesia y de la Sociedad está en la educación: creencias, sentimientos, costumbres, el bien, el mal, todo sale de allí. Agradeced á Dios por haberos llamado á tan útil y glorioso apostolado.

MEDITACIÓN LXXVI

Otros motivos para que el buen Sacerdote se consagre á la santificación de la juventud

- I. El interés particular que ofrece la niñez.
 - II. Las ventajas que reporta la educación cristiana á los que la dan.
- Los mismos preludios que en la meditación precedente.

PUNTO I

Ninguna edad, desde el punto de vista de la fe, es tan interesante como la niñez

Tres alicientes principales nos atraen hacia ella: su inocencia, sus peligros y la facilidad que ofrece á los que la cultivan de hacer un bien muy grande.

1.º Nada hay más inocente que los corazones que han sido purificados por el bautismo de la mancha original, y que no tienen todavía el discernimiento necesario para cometer pecados actuales de mucha gravedad. De ellos dijo el Salvador: *Delicia mea esse cum filiis hominum*. Si hay alguna corrupción precoz, el vicio al menos no ha echado aún profundas raíces; no les ha quitado ese candor que abre el alma para las impresiones saludables. Si ya se ha visto obligado el Espíritu divino á abandonar los santuarios en que se deleitaba, no está muy lejos: se mantiene á la puerta y pide volver á entrar en ellos (1). ¡Oh! qué empleo tan hermoso el conservar la inocencia á los hijos de Dios, ó si la han perdido, hacer que reparen cuanto antes esa desgracia!

2.º Ordinariamente en los años de la infancia es cuando se decide la suerte de la eternidad. La educa-

(1) *Ecce sto ad ostium et pulso* (Apoc., III, 20).

ción es el molde en el cual recibe el hombre sus formas intelectuales, morales y religiosas. Será en la vejez, dice la Escritura, lo que le haya hecho la educación en su adolescencia (1). Si el veneno del vicio llega á manchar su alma en edad tierna todavía, hay que temer que penetre hasta lo más íntimo de sus huesos, y que inficione toda su vida y descienda con él al sepulcro. ¡Juventud culpable, si á veces nos vemos obligados á condenarte, no podemos dejar de compadecerte! Todos son lazos, todo seducción para esta edad: el mundo que embelesa, y cuya perfidia se está muy lejos de sospechar entonces; el demonio que para asegurar los últimos momentos quiere apoderarse de los primeros; los amigos corrompidos, los contagiosos ejemplos... Para resistir á tantos asaltos se necesitaría el temor de Dios, el odio al pecado y que las máximas de la religión estuviesen profundamente grabadas en el alma. ¿Qué llegarán á ser el joven, la doncella, á quienes no ha preparado una educación cristiana para estos combates?... ¿Quedan acaso muchos recursos para el porvenir en un corazón que no conoció nunca la dicha de la virtud, las esperanzas de la vida futura, los bienes y los males de la eternidad?

Dichoso por el contrario aquel que desde su niñez ha llevado el suave yugo de la piedad! (2). Será, conforme á la expresión del Espíritu Santo, á manera de árbol plantado junto á la corriente de las aguas. No le faltarán ni flores en la primavera, ni frutos en el otoño: la inocencia embellecerá su juventud, y en edad más avanzada, será fecundo en sólidas virtudes. ¿Tuvo la desgracia de extraviarse? Queda la esperanza de que volverá un día sobre sus pasos; la buena educación le ha preparado un medio poderoso para levantarse, la gracia de los remordimientos.

3.º No se debe desesperar de la salvación de na-

(1) *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (Prov., XXII, 6).

(2) *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua* (Thren., III, 27).

die; pero ¡cuántas dificultades para hacer que vuelvan á Dios algunos pecadores! El niño nó: sólo un obstáculo opone al celo, su ligereza: lo que se necesita con él, es sólo paciencia. Su alma es tierra virgen, que sólo espera cultivo para producir el céntuplo; es planta flexible que recibe la forma que se le da. Libre de afectos criminales, su corazón, es capaz de las mejores tendencias. Cree en la autoridad; acepta confiado la fe y los sentimientos de los que se le acercan. ¡Oh! cuán fácil es conmoverlo hablándole de un Dios que se hizo niño y que murió por nosotros; excitar el temor del Señor, la compasión hacia los que sufren, el reconocimiento, el amor divino en las almas dispuestas por el bautismo á todas las virtudes cristianas! Pregúntese á los pastores celosos; dirán todos ellos que ningún ministerio les consuela tanto como el que ejercitan con la juventud. Los frutos son incomparablemente de más consideración.

Aunque todos mis esfuerzos para llevar de nuevo á la virtud á un anciano hasta entonces indócil á la voz de su conciencia fuesen coronados con el éxito más feliz, nada impedirá el que su larga vida haya corrido ya en un vacío aterrador para el Cielo, y que haya sido una permanente rebelión contra Dios. Pero ¿se trata de un niño? mi celo va á santificar todo el conjunto de sus días. Preparo todo el bien que ha de hacer, y participo de todas las buenas obras que llenarán su carrera.

PUNTO II

Ningún empleo es más provechoso para aquellos que lo ejercitan que la educación de la juventud

Méritos multiplicados, gracias abundantes para santificar vuestra vida y endulzar vuestra muerte ¡Oh apóstoles de la niñez, cuán hermosa es la parte que os reserva Dios!

Méritos multiplicados. Solamente por celo, es decir, por amor á Dios y al prójimo se consagra á la educa-

ción de la juventud; y como la caridad es el alma de esta vocación, ella sobrenaturaliza todo cuanto por ella se hace y padece. No queda sin mérito delante de Dios, ni aun la instrucción que se le da, por más que se la considere en su aspecto humano y en lo que pueda tener de profano. No se nos confiaría la educación de los niños y no tendríamos ocasión de enseñarles la Ciencia de la salvación formándoles en las virtudes que forman á los Santos, si no hallasen también en nuestra escuela esos conocimientos secundarios que el mundo en su ceguedad prefiere á todo. Estamos obligados á partir de la tierra para conducirlos al Cielo; pero el Cielo y la eterna dicha de esas queridas almas es el fin supremo de nuestros esfuerzos, y es eso precisamente lo que caracteriza la educación cristiana. Por otra parte, esta vida es, en cierto modo, sólo una muerte prolongada por la abnegación y la esclavitud que pide. Así, por una parte, la mortificación de todos los instantes: y por otra el ejercicio continuo de la caridad: ¿qué más se necesita, para adquirir en pocos días múltiples derechos para la vida eterna?

Abundancia de gracias. Dios proporciona de ordinario los dones que nos concede á la comunicación que de ellos quiere que hagamos: su amor para los niños que nos confía, es la medida de sus liberalidades para con nosotros; no sólo porque nos enriquece en beneficio de ellos, sino porque ellos mismos, si sabemos aprovecharnos de su crédito, serán poderosos; intercesores para nosotros. Dios no resiste á los ruegos de la niñez. «La sola presencia de una alma pura delante de la soberana Majestad es mejor atendida, que nuestros más penetrantes clamores» (1). ¿Quién me impide el hacer orar por mí á la inocencia de mis jóvenes oyentes cuando les enseño el catecismo? San Francisco de Sales reclamaba sin cesar las *pequeñas, pero poderosas oraciones* de los niños de la Señora de Chantal. San Felipe Neri llamaba á los

(1) Santiago de Nisiba.

pequeñuelos sus *ayudantes de campo* para la conversión de los pecadores. Gerson decía á los numerosos niños que enseñaba con tanta paciencia, que por sus oraciones le abrían las puertas del Paraíso.

He aquí una fuente fecunda de bendiciones para la vida y para la muerte, reservada á los que se consagran á la santificación de la juventud. Aun cuando aquellos mismos á quienes prodigáis vuestros cuidados, ¡oh Sacerdote! os olvidaran en la tierra, vuestros hijos de la patria celestial no os olvidarán; y cuando lleguen para vos los momentos de la suprema lucha, cuando os serán necesarios los socorros divinos, ¡con cuánta solicitud y eficacia rogarán por su insigne bienhechor! Sucederá como si oyéramos al joven Tobías de regreso de su largo y peligroso viaje, esforzándose en comunicar á su padre el reconocimiento que debe á su guía celestial. «Me ha llevado, dice, y me ha vuelto á traer sano y salvo... Me ha libertado de un monstruo que iba á devorarme... ¡Oh, padre mío! ¿Qué podremos darle? (1). Lo menos que podemos hacer, es, ofrecerle la mitad de los bienes que hemos traído.» Imagen conmovedora de lo que hacen los bienaventurados cuando ven al Sacerdote Santo, amigo de su niñez, á punto de terminar su carrera mortal! «Vedle, Señor, va á comparecer delante de Vos aquel que ha dirigido nuestros primeros pasos. Es á él, después de Vos, á quien debemos nuestra dicha. Nos ha conducido y confortado en el difícil sendero de la juventud; se ha esforzado en enseñarnos á conocer y amaros. Iba á devorarnos un monstruo terrible, el pecado, y él es quien nos ha libertado!... ¡Oh Padre! proporcionad su gloria y su felicidad á los servicios inmensos que nos ha hecho.» Esta súplica será atendida en el más lato sentido. Dios hará en favor de los salvadores de la juventud más de lo que, para Rafael, pidió Tobías: será El mismo su magnífica recompensa.

¿He comprendido hasta ahora todo el bien que pue-

(1) *Quid illi ad hæc poterimus dignum dare?*

do hacer con los niños por mis humildes funciones? ¿He tenido con ellos la bondad que abre los corazones, y les dispone al amor de Dios por el amor de su ministro, la paciencia que corrige los defectos con perseverante suavidad? ¿He difundido en mis instrucciones y exhortaciones, al hablarles, ese calor, esa vida que interesa, y que ilustrando produce impresiones duraderas? ¿Me he consagrado principalmente á inspirarles una vida de horror al pecado, un tierno amor á Jesucristo, hablándoles con unción de sus conmovedores misterios? ¿He dado á su confesión toda la importancia que le corresponde; y cuando he creído que habían cometido alguna falta grave, he empleado todos los recursos para disponerles próximamente al beneficio de la absolución?

Como preparación á la misa, escuchad humildemente los reproches que Jesucristo puede haceros en este punto esencial de vuestras obligaciones, y prometedle secundar mejor su celo para la santificación de la juventud. *O piissime Jesu, quis ultra post te verecundabitur esse humilis ad parvulos? Quis tumescens et elatus de sua vel magnitudine, vel scientia, parvitatem deinceps parvulorum, ignorantiam, vel imbecillitatem audebit aspernari, quando tu, qui es Deus benedictus in sæcula, in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ Dei absconditi, usque ad castissimos parvulorum amplexus brachia beata mansuetus inclinas atque circumligas? (1).*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Ninguna edad, mirándolo según la fe, merece tanto interés como la niñez: por su inocencia, por sus peligros, y por el bien que puede hacerse, cultivándola.—¿Hay algo más puro, por lo general, que el corazón de un niño? Si el vicio causó ya algunas heridas en su alma, no son profundas.—Por lo común son los primeros años los que de-*

(1) Gerson. *Tract. de parvulis trahendis ad Christum. Consid.*, 4.

ciden la suerte de los años eternos.—Todo son redes y seducción para esta edad que de nada desconfía.... ¿Cómo podría librarse de los peligros que le rodean un niño sin educación? ¡Dichoso por el contrario aquel que se ha acostumbrado desde pequeñito al yugo amable de la virtud!—El alma de un niño es tierra virgen que sólo espera cultivo para rendir el céntuplo. Si convierte á un pecador de avanzada edad, no podré impedir que su vida pasada haya sido permanente rebelión contra Dios; pero si educó bien á un niño, mi celo santificará todos sus días, y participaré de todas las buenas obras con que llenará su carrera...

PUNTO SEGUNDO.—*No hay otro ministerio más ventajoso para el que lo ejerce.* Encuentra en él méritos multiplicados: la caridad sobrenaturaliza todo lo que hace; su vida es una práctica continua de abnegación y mortificación.... Halla en él gracias abundantes, unidas á las oraciones y á la inocencia de los niños..... y por ellas una muerte llena de esperanza y felicidad.

MEDITACIÓN LXXVII

El buen pastor da preferencia al cuidado de los enfermos

- I. Porque ellos son el objeto de su caridad sacerdotal.
- II. Porque su negligencia traería consecuencias desastrosas.
- III. Porque sólo su exceso de celo puede hacerle recoger los frutos más sazonados.

PUNTO I

La asistencia á los enfermos considerada en su objeto

¿Cuáles son los que necesitan socorros, y qué clases de auxilios es preciso darles?

1.º ¡Oh! vosotros que sois los imitadores de la caridad de Jesucristo, así como sois también sus ministros, acordaos de lo que habéis visto en más de una

ocasión: al acercaros al lecho de un enfermo lo habéis encontrado abatido, desconsolado, lleno no sólo de sufrimientos y privaciones, sino faltándole aún el más precioso de todos los bienes, la paz del alma, la tranquilidad de la conciencia. Los dolores que soporta, el porvenir indeciso que teme, la indiferencia tal vez de los seres que le son más queridos, todo lo arroja en brazos de la más profunda tristeza. Nada es capaz de arrancarlo ni distraerlo de las sombrías reflexiones que lo agitan. ¡Ah! en estos casos un verdadero amigo es más que un rico tesoro! (1). Procurad ¡oh Sacerdotes! merecer este nombre á la cabecera de un desgraciado que es acreedor por tantos títulos á nuestro ternísimo interés. Ese que véis allí no sólo es miembro de la familia espiritual, sino que es vuestro hijo, tiene pues derecho á toda vuestra solicitud á todos los esfuerzos de vuestro celo, ya que siendo pastor os habéis obligado á sacrificaros por su salud.

Muchas veces decís: «Es una oveja descarriada, un hombre escandaloso que ha hecho de la religión el objeto de burlas sacrílegas, para despreciarlos, pero entonces, si su fe se despierta, ¡cuáles deben ser los remordimientos, las angustias y el terror de esa alma que ve tan cerca el terrible juicio por el cual tiene que pasar! «No, decís: es un impío encenagado en la maldad, esa alma no puede sentir el remordimiento saludable de la gracia, antes bien parece inquietarse bien poco por su terrible y eterna pérdida!» Mas, si desgraciadamente fuera así, entonces vuestra caridad, vuestra compasión no debe tener ya límites; sois vosotros los únicos que podréis encontrar en vuestra alma paternal, y en la gracia misma de vuestro ministerio los únicos recursos proporcionados á la extremidad del mal: si vuestra palabra, si vuestra dulzura no vence, postraos sin dilación al pie del Tabernáculo, abrid vuestro corazón á los pies

(1) *Amico fidei nulla est comparatio.... Qui invenit illum, invenit thesaurum.* (Eccli., VI, 15, 14).